



Siotu y Tsaimán

**Cantado por: Maestro Ko
1125 DC**

De la Colección:

Costa Gótica

Con los Cabécar incursionando en pequeñas partidas hacia el sur y el ejército Huétar cortando cabezas y manos de aldeas enteras al oeste, el rey Cucumundú, antes de ganarse el honorífico «el Grande», se enfrentaba al mayor desafío de sus ocho años de reinado. Al igual que su padre y su abuelo antes que él, el rey luchó contra los Miskitu cuando estos se extraviaban más allá de los límites de su gran pantano natal. También había escaramuzas ocasionales con los Corobicí. Pero estos vecinos del norte no tenían intenciones de invadir el territorio bribri, ni nosotros el suyo, y luchábamos por cautivos que sacrificábamos para ganarnos el favor de Sibú. Sin embargo, con los Cabécar y los Huétar era diferente. Incluso en la época del bisabuelo de Cucumundú, los tres reinos habían convivido pacíficamente a lo largo de las fronteras ancestrales sin tensiones ni disputas, y mucho menos guerras abiertas. Pero a medida que nuestras naciones se hacían más pobladas, la tierra se rebeló contra las crecientes demandas, la caza disminuyó, nos casamos cada vez más dentro de nuestras propias tribus, y ahora nuestros vecinos venían a la guerra no solo por esclavos para sacrificar, sino por nuestra propia tierra.



¡Escuchad, alumnos! ¿Habéis oído? Era el canto de un jilguero. Qué oportuno que el bosque se haya manifestado en este momento para anticipar mi historia con un presagio tan oportuno. Pero el jilguero habita en las alturas de las montañas, no en nuestras tierras bajas, así que podéis estar seguros de que es Sibú quien lo sabe todo y está en todos los lugares a la vez y sabe exactamente adónde quiero llegar con este relato que ha tomado la voz del pájaro para compartirlo con nosotros hoy. Todos vosotros, alumnos, haced lo mismo, incluso los más holgazanes. Todos conocéis la historia de Siotu y Tsaimán: al fin y al cabo, forma parte de lo que sois, de lo que todos somos. Sin embargo, la historia, al igual que la vida, evoluciona, y resulta que lo más importante no es su contenido, sino su narración. Al fin y al cabo, hermanos y hermanas míos, no tiene ningún contenido. Es solo una historia.

El general Xantroq era uno de los consejeros más fieles del rey. Nacido en Alta Sixaola, cerca del territorio Cabécar, con cordiales relaciones transfronterizas, la defensa de Xantroq de la causa común con los Cabécar contra el gigante Huétar no era nada destacable. Sin embargo, la historia de los Cabécar de Cucumundú se forjó a lanza y arco durante el reinado de su padre, y el rey desconfía de cualquier posible alianza. Aun así, el rey Cucumundú, sabio a pesar de sus treinta y tres añitos de edad, dejó de lado sus prejuicios para tomar la mejor decisión para toda la nación bribri. El argumento de Xantroq era que los Huétar eran un imperio asimilador en expansión. Habían arrasado la costa del Mar del Ocaso y gobernaban hacia el norte hasta la Montaña de Fuego, y ahora codiciaban las fértiles tierras bribri desde su puesto más oriental, Guayabo. Los Huétar, insistía Xantroq, eran una amenaza existencial para los propios Bribri, por no hablar de nuestras tierras. Los Cabécar, argumentaba contrariamente, se parecían más a nosotros, ya que, aunque a menudo discutíamos y luchábamos como hermanos, seguíamos siendo parientes y amigos, unidos por un legado que no compartíamos con los Huétar, que eran extranjeros. El Señor Janxil replicó que un modesto tributo era un pequeño precio a pagar a los Huétar para garantizar la protección de las fronteras más difusas con los Cabécar y que, a pesar de los lazos nostálgicos con nuestros primos de las tierras altas, no se podía negar por mucho tiempo a los poderosos Huétar sus ambiciones y que la política, y no los consejos de guerra, era la mejor forma de mediar en nuestras diferencias apremiantes.

—Mirad cómo se ha extendido su lengua por toda la tierra— declamó Xantroq ante el consejo a puerta cerrada, mientras caía una garuba sobre el techo del pabellón real. —Se ha convertido en la lengua del comercio, el babel Huétar se habla ahora de mar a mar, tan al norte como la gran llanura de Nicaragua y, si hay que creer a los enviados, tan al sur como los reinos de los Boruca y los Ngöbe. Mi rey— Xantroq dirigió una mirada persuasiva a Cucumundú, —¡solo a nuestro gran riesgo podemos permitir que esta invasión cultural nos infecte a los Bribri! —

—Honrosas palabras, general —aplaudió lentamente Señor Janxil. —Sobre todo porque *usted* es la primera línea de defensa contra el hacha Huétar. Me temo que su vanguardia Cabécar se desvanecerá entre los árboles en el momento de la verdad y se conformará con las migajas territoriales que dejen los Huétar tras saquear nuestras tierras. Temo que sus fuerzas serán aplastadas, general, y que usted, mi amigo y colega de toda la vida, será desollado en nuestra propia plaza ceremonial —.

—Este Tsaimán —dijo el rey Cucumundú volviéndose hacia Xantroq, —¿estás seguro de que es quien dice ser? —

—Es el tercer hijo, el favorito de su madre y muy querido por su pueblo. Sin duda, tiene influencia sobre el rey Trandij. —

—Tío —dijo el rey Cucumundú volviéndose hacia Janxil, —quiero que dirijas la delegación que irá a Guayabo a ver a los Huétar para una pequeña demostración de poder y pompa.

—Xan, quiero que tantees a este Tsaimán, que lo traigas a nuestro bando. Coóptalo, confúndelo, lo que sea. Gánanos algo de tiempo. —

—Guayabo es el hocico del tigre, — dijo Xantroq con una mueca, alineándose con Janxil. — ¿Qué tal Xarchí en su lugar? —

—Mi rey, — se apresuró a señalar Janxil, —nos da la ventaja de la altura por detrás y, con el río delante, le da a los Huétar una apariencia de cobertura. —

—Es territorio neutral, — recordó Xantroq, —la frontera entre nuestras naciones. —

—Es un lugar perfecto para encontrarnos, — ronroneó el Señor Janxil.

—Sí, — murmuró el rey, caminando de un lado a otro con la barbilla hundida en el puño, —que sea Xarchí. —

—Ahí, — se volvió hacia su tío, —contraerás matrimonio entre Siotu y uno de los príncipes, preferiblemente Tarkhan. —

—¿Tarkhan, sobrino? No es apto ni para limpiar el orinal de la princesa, mucho menos para convertirse en su yerno. —

—Pero él es el primero en la línea de sucesión, tío. —

Xantroq señaló con el pulgar en dirección al señor Janxil. —Qué romántico, Mi Señor. —

—Mientras tus mensajeros se encargan de esto, Xan, y tu delegación se dirige a Guayabo, tío, yo llevaré a las mujeres y los niños a Villa Léngja y completaré nuestras defensas de Villa Alba como llamados a las reservas de Xanté y Villa Léngja, preparados para la guerra. —

—Una precaución bien planificada, sobrino. Pero ninguno de estos adversarios se atrevería a atacar nuestra capital. —

—No estoy de acuerdo con que descarte las pretensiones huétares, Señor, — frunció el ceño el general. —Pero Mi Señor, sacar a las mujeres y los niños envía una señal de debilidad en Villa Alba y debemos asumir que nuestros enemigos tienen ojos entre nosotros. —

—¿Es todo? — preguntó el rey Cucumundú mirando a cada uno de los hombres reunidos, con la reina Siábata sentada a su lado.

—Para mañana es tarde, entonces. —

Maestro Ko, te sientes tentado a objetar. ¿Cómo puede ser eso cierto si los Huétar son hoy tan buenos amigos nuestros? Sin embargo, por mucho que alabes nuestra amistad con los Huétar, te enfadarías ante la idea de que un Cabécar se acostara con tu hermana. Sé que lo harías; ¡que alguno lo niegue! No tenemos nada que ver con los Miskitu, observas, y es cierto, al menos dentro de tu memoria viva, si no de la mía. Maestro Ko, debates dentro de tu mente, nosotros te llamamos el Sabio, y sí, eres mucho mayor que nosotros y rebosas sabiduría, y nos cantas canciones antiguas que nos instruyen y amplían nuestra cultura y afianzan nuestra identidad... pero nos preocupa que te pierdas en la realidad actual entre las brumas de un pasado lejano. Aunque es muy poético, Maestro Ko, afirmar que Sibú creó el jilguero para honrar a estos antepasados míticos, resulta poco creíble, su Excelencia. Usted, mejor que nadie, sabe que es así. ¡Instintivamente pensamos que el jilguero siempre ha tenido su hogar estacional en las alturas de nuestras montañas y que el pájaro no encaja bien en el mito metafórico en el que usted intenta enmarcarlo!

A aquellos que murmuran bajo su aliento, de forma razonable y adecuada, tales objeciones, les recuerdo que este momento en el que estamos sentados alrededor del fuego no es más que una hoja del gran Ceibo que es Sibú. Es gratificante para los novicios imaginar con éxito lo imaginable. Pero es lo inimaginable lo que constituye nuestro mayor desafío y el de todas las naciones y, de hecho, el de cada persona, y lo que, por encima de todo, no solo debemos ver con claridad, sino también abrazar y venerar. Sibú lo sabe y lo grita en todo lo que hace. Esa es la lección más importante de la canción elegida para hoy.

Vengol era la mano derecha del príncipe Tsaimán. Un endurecido guerrero Cabécar, era quince años mayor que el príncipe y de origen humilde, pero un hombre que se había hecho a sí mismo no solo gracias a su férrea determinación en la batalla, sino también a su considerable intelecto, su innato sentido de la estrategia y su arsenal de tácticas. Se inclinó hacia el príncipe desde su atalaya en el borde de una cascada.

—Es ella, a la derecha, la de las tetas pequeñas, ¿la ves? —

—Es preciosa —respondió el príncipe Tsaimán.

Vengol puso los ojos en blanco. —Todas son preciosas, jefe. —

—Parece que tiene los ojos de diferentes colores, — dijo Tsaimán, protegiéndose los suyos del sol con la mano para ver mejor.

Tsaimán y Vengol contemplaron a cuatro de nuestras doncellas que se bañaban en una poza cristalina al pie de la catarata.

—Sus escoltas, — dijo Vengol señalando río abajo entre las raíces del higuérón detrás del cual se ocultaban, con el arco en la mano. —Dame la orden, jefe. —

—No puedo hacerlo, viejo amigo. —

—Son doncellas, jefe. Cuatro. Doncellas, y una de ellas es la propia *hija* del rey Cucumundú. No hay mejor botín que este; y la princesa es una *Gatica*, para colmo. ¡Podemos huir con ellas ahora mismo—!

—Esa parece una Cabécar —señaló Tsaimán.

—Tres esclavas para nosotros y una menos para El Tío, — razonó Vengol.

—No, Ven. Esta vez lo haremos de otra manera. —

Vengol se volvió para mirar con desdén a su señor.

—¿Alguna vez te he llevado por mal camino, Vengol? Tienes que confiar en mí en esto. Sé lo que hago. —

—Volvamos a ayudar con la cena. —.

—Siotu, princesa, por favor— le recordó su prima Chaeta, nieta del Señor Janxil. —No olvide quién sos. Disfrute de tu posición por una vez; relájate, ¿quieres? —

—La terapia con agua y la belleza van de la mano —intervino Jacosta, una arribista incorregible e incómoda dentro de su propia piel. —¡Aquí puedo sentarme en una roca y disfrutar de la ducha, mientras que aquí no hay donde pisar—! Se sumergió bajo la superficie de la poza y se levantó para sacudirse el agua del pelo.

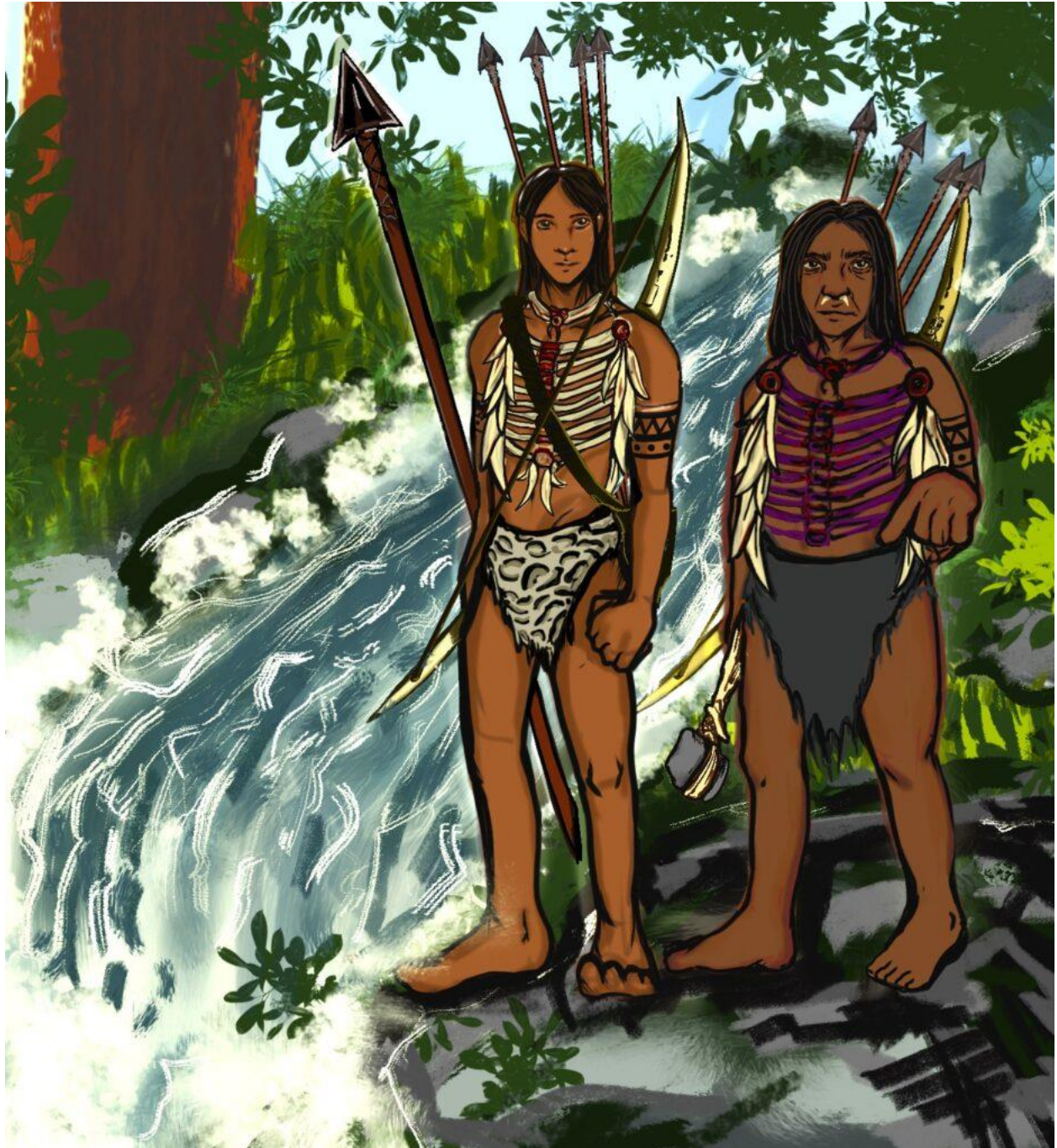
—Bueno, — intervino Páctlare, —no es que sea agua termal ni nada por el estilo. De hecho, esta quebrada está francamente fría; en mi tierra... —

—Siempre es "en Chirripó, en Cedro Alto, —replicó Chaeta enjachando a la Cabécar. —Deberías empezar a apreciar los lugares locales, te irá mejor a largo plazo, si sabes a lo que me refiero—.

—Creo que quiero ir a ayudar en la cocina —repitió Siotu.

—Sí, princesa, — se lamentó Jacosta, servicial. —Son tiempos difíciles y se necesita la ayuda de todos, pero tu vocación no es el tedioso trabajo de la cocina, debes reconocerlo y aceptarlo. Es un hecho y, te guste o no, debes asumir tu papel. —

—Bueno — dijo Siotu mirando la piel de gallina de sus pechos. —Ya me he refrescado. — Se puso de pie. —Volvamos. —



—¿Qué prisa hay—? gritó Tsaimán desde el borde del salto.

Su grupo se apiñaba con el cuello sumergido en el agua, pero Siotu se quedó de pie, completamente erguida, frente al desconocido, con el agua lamiéndole el interior de los muslos y haciéndole cosquillas en el sexo. Su acento delataba que era Cabécar, pero al fin y al cabo él hablaba Bribri, con acento de por sí, pero hablaba su idioma, y se mostraba amistoso y se erguía majestuosamente sobre su gallada de chicas, así que, aunque fuera un saqueador, al menos era educado. Llevaba un tocado de quetzales y guacamayos y una coraza hecha con las costillas de algún animal que seguramente había matado en el bosque. Era guapo y musculoso, y llevaba un arco y un carcaj al hombro y una daga de piedra enfundada en la cintura. Llevaba bandas de oro sobre los bíceps esculpidos. Su taparrabos tenía manchas que recordaban al manigordo cuya carne había protegido de la lluvia, y se mantenía parado en un pie, el otro anclado en la rodilla opuesta para apoyarse en una lanza que se elevaba dos cabezas por encima de la suya.

—¿Y quién es usted, por favor? —gritó Siotu por encima del rugido del agua—.

El Cabécar la miró, encantado de sí mismo, y se rio entre dientes, tomándose su tiempo para responder. Desenganchó el pie para pararse de forma normal y esbozó una gran sonrisa antes de gritar lo suficientemente alto como para que los guardias lo oyeran.



—Me llamo Tsaimán de Alto Chirripó, hijo del rey Trandij, y pronto seré tu esposo. —

—Eres un descaradillo, — respondió a gritos la princesa. —Tendrás que consultarlo primero con mi padre; quizá hayas oído hablar de él. —

—En efecto —declaró Tsaimán. —Pediré una audiencia. —

—Hazlo, — dijo ella. —Entiendo que me está tratando de comprometerme a casar con el Príncipe Tarkhan. Al parecer, me convertirán en una chica del valle. —

—¿El pavo real? ¿Qué demonios estás diciendo? —

—Una chica no siempre puede elegir su futuro, — sollozó Siotu con una mueca de dolor, — aunque princesa sea. —

El Cabécar soltó una carcajada al oír mencionar a un rival.

—Me limpiaré los dientes con sus huesos afilados y cultivaré la mejor orquídea del bosque dentro de mi propio jardín, resplandeciente ante Sibú, para que puedas sumergir tus zarcillos en la fertilidad de mi suelo volcánico. ¡El Valle Central no es lugar para una divinidad como tú, Princesa Siotu! —

Flechas llenaron el espacio que acababa de ocupar su cuerpo, y los escoltas sacaron a las doncellas de la poza, se pusieron sus falditas y las llevaron de vuelta al campamento, con el gruñón a la cabeza y el capitán por detrás, y, aparte de una iguana asustada que destrozó la maleza en una carrera loca para alejarse del contingente humano, no encontraron nada extraño.

—Dile a Papi que debo casarme con el Cabécar —insistió Siotu. —Lo amo y pasaré mi vida con él. Por favor, explícaselo a Papi. Sé que él quiere que sea feliz. —

—Te casarás con el Huétar, mi amor. El príncipe Tarkhan —dijo la reina Siábata con dulzura. — Ahora di su nombre. —

—Tiene fama de crueldad, madre. —

—Tú lo domarás, Sió; es tu destino. Nuestro pueblo lo necesita. Ahora di su nombre. —

—Príncipe Tarkhan— murmuró Siotu en la penumbra del atardecer.

—Así que —dijo Tsaimán, —mi propuesta de matrimonio ha sido rechazada. — Levantó la vista hacia el mensajero bribri que estaba de pie, en posición de firmes.

—El rey Cucumundú ha concertado un matrimonio con el príncipe Tarkhan, — repitió Vengol. —Es posible que el emisario de Xantroq haya negociado de mala fe. —Bajó la mirada. —Puede que me hayan engañado. —

Tsaimán guardó la tira de cecina a medio comer en su mochila y miró por encima de la línea de los árboles para asimilar la noticia.

—Hm. —

Vengol hizo una mueca. —Yo digo que les paguemos con una muerte por mil cortes, y que, por si acaso, ampliemos nuestras incursiones al corazón del territorio Huétar.

—Ven, — Tsaimán lo miró.

—¿Sí, jefe? —

—Esto solo es en parte político, — declaró tras una vacilación exagerada.

—Limitémonos a la parte política, jefe. Hazme el favor. —

—Pero hay algo más, Vengol. —

—Una alianza matrimonial entre nuestros enemigos vecinos abre la puerta a una guerra total, Mi Señor, en dos frentes, y si los Telire se aprovechan de nuestra distracción, al rato, tres. ¡Cualquier parte de esto que no sea política puede ser de poca relevancia! —

—Quizás, — admitió Tsaimán, —pero hay algo que debo contarte, algo que probablemente ya sabes. —

—No, jefe, — protestó Vengol. —Hay cosas que es mejor no decir. —

—Esto es importante, Xan. —

—Por favor, Don Tsai, — suplicó el guerrero. —Piénsalo primero y dímelo al amanecer si aún lo consideras necesario. ¡Me temo que es algo que no debo oír! No, estoy SEGURO de que es algo que no debo oír. —

—Estoy enamorado de ella, viejo amigo. —

—No, no, no! ¡Mil veces no! ¿Has perdido el juicio, jefe? —

—Parte de él, — admitió Tsaimán. —Tal vez. —

—No deberías de habérmelo contado, — declamó Vengol.

—¿Prefieres que te mienta, que me mienta a mí mismo? ¿Que niegue la realidad? Ese no es mi estilo, Xan; lo sabes. —

Un silencio incómodo se instaló entre ellos antes de que Vengol cavara hondo para llegar a la verdad, procesarla y volver con el curso de acción apropiada dado el caso.

—Entonces debemos secuestrarla, — dijo él por fin.

—La esclava, — dijo Tsaimán. —Tiene pinta de Cabécar; ¿sabes cómo se llama o cómo fue capturada? Puedes hacerle llegar un mensaje a la princesa. Es complicado, me imagino, ¿pero tu podrás, cierto? Siotu se fugará conmigo, lo sé. Arregle un encuentro. ¿Cuándo se supone

que va a celebrarse esta boda con el Pavo Real? ¿Qué podemos averiguar antes? ¿Podemos hostigar al contingente del Muerto Caminando cuando salga del valle? ¿Cómo voy a matarlo? ¡Tenemos que trazar un plan! —

—Señor Tsaimán, —dijo Vengol volviéndose hacia su amigo y maestro. —Es una mala idea. Te seguiré y lideraré a nuestros hombres hasta la muerte si es necesario, y repetiré aquí y ahora mi lealtad jurada a ti y solo a ti. Pero preferiría evitar esa muerte si es posible. Jefe —se detuvo, inseguro de sus palabras, y finalmente levantó la vista para mirar con ternura a los ojos de Tsaimán. —Es un error innecesario; se puede evitar por completo. —

—Tomaré nota, viejo amigo. Ahora, date prisa, hay maíz que moler. —

—Estoy en ello, jefe. —

—Solo hay una cosa más, Ven. —

—Sí, jefe, ¿qué es? —

—¿Es muy tarde para degollar al mensajero? —

Mis colegas chamanes suelen menospreciar a la princesa Siotu por considerarla una traidora a nuestro pueblo, y por razones de integridad cultural tenemos razón en recordarla con desdén, pero la inquietante belleza del canto del jilguero es testimonio del amor de Sibú por Siotu, motivo suficiente para merecer nuestra simpatía colectiva. Con demasiada frecuencia, los jóvenes bribri, y en realidad todas las personas en todas partes, tendemos a vivir nuestras vidas apresuradamente, sin ser conscientes de las fuerzas cósmicas que actúan en el mundo cotidiano. Y bajo la influencia de la juventud, se pueden tomar decisiones precipitadas que no nacen tanto de la malicia como de la inexperiencia y el anhelo. Tal es la historia aleccionadora de Siotu y Tsaimán. Mi propio mentor ni siquiera podía mencionar el nombre del amante de Siotu, tan intenso era su odio hacia los Cabécar. Pero en el avance de mis años, he adoptado una visión más suave y concedo a la tragedia del joven príncipe el mismo panteón de divinidad que a nuestro propio Siotu. Tsaimán, en su grave error de cálculo, aspiraba en ese momento a los ideales más elevados de la naturaleza humana, y el enorme riesgo que sabía que esto entrañaba no era más que una prueba adicional de la magnificencia de su ambición, si no de su alcance. Los jóvenes no podéis evitar teñir vuestra realidad con un manto de presunta inmortalidad, y esto es un don y un defecto al mismo tiempo.



El príncipe Tarkhan despidió a su séquito para dirigirse a su jaula fabricada de caña, donde la rata se acurrucaba en un rincón por tercer día consecutivo. Racacá—la preciada cascabela que le habían tributado pobladores de las tierras altas de Tabarcia, donde es habitual encontrar ejemplares de su especie entre las rocas salientes y sueltas de las frías mesetas—yacía dormida, enroscada en el otro extremo del recinto, indiferente al festín que su amo había preparado para su deleite. Tarkhan supuso que Racacá estaba embriagada por el espeso aire del valle y, al igual que el príncipe después de una dura tarde bebiendo chicha y mascando tabaco, desdeñaba la comida sólida. Dejó caer unos granos de maíz sobre el lomo de la rata, que rebotaron de su pellejo y cayeron al suelo de la jaula, sin que el animal, tembloroso, hiciera ningún movimiento para esquivar la lluvia de comida. Lejos estaba el poderoso Tarkhan de negar a una criatura tan indefensa un consuelo tan sencillo como unos granitos de alimento mientras meditaba sobre su sombrío destino.

Según todos los indicios, la princesa bribri con la que estaba prometido, Xhiota o Chotu, o algo así, era hermosa y tenía las caderas para dar a luz a una docena de hijos y un busto flexible, aunque no excesivamente dotado. Los aduladores más intrigantes del príncipe huétar ya habían profetizado que sus hijos competirían por un puesto en el consejo de diosillos de Sibú, al menos si existiera tal consejo. Por supuesto, todos ellos eran lameculos bebedores de orina, y sus opiniones eran supérfluas, incluso las de los menos aduladores, pero aun así era bueno oír al reino rugir su aprobación a través de voces cercanas a él. El príncipe Tarkhan no daba crédito a ninguno de los dioses, pero era consciente de la importancia de la pompa y la ceremonia para avivar la lealtad de sus súbditos en espera.

Sus ambiciones territoriales incluían el Gran Valle del Sur y la mítica riqueza de los yacimientos de oro más allá en territorio de los Boruca. Pero para llegar allí, primero había que desangrar a los Cabécar y atar a su pueblo al poste de la esclavitud. Su competente padre había empujado las fronteras septentrionales del reino hasta la Montaña de Fuego en los años anteriores al nacimiento de Tarkhan, y la subyugación de las costas del Mar del Ocaso se completó cuando el príncipe se curtió con los pezones correosos de su astuta madre, cuyos clanes hoy se apresuran a pagar tributos y cuyos sacerdotes adoran un nuevo panteón huétar con piedad y fervor adecuado. Con los hijos nacidos de su prometida Bribri, Tarkhan sentaría las bases para siglos de dominio huétar —un reinado de mil años— y eso solo, junto con sus obligaciones tributarias, era una ventaja lo suficientemente grande como para jurar paz con los Bribri a cambio de su novia y no desperdiciar la fuerza necesaria para someterlos por la fuerza.

El príncipe se había acostado con decenas de doncellas, así como con las consortes de muchos de sus súbditos, y con alguna que otra viuda, y solo tenía veinticuatro años, con los mejores años aún por delante. Sin embargo, en su interior, cada vez encontraba menos gratificante estos encuentros sexuales. Al principio estaba bien, cuando sus conquistas eran un reto físico que superar, un fuego en sus entrañas que apagar con la sangre de una virgen. Pero a medida que el príncipe iba adquiriendo sofisticación, surgió en él la inquietante certeza de que esas conquistas no eran realmente conquistas, sino meras funciones corporales unidas al ejercicio del poder estatal. No confió a nadie su creciente comprensión de que el consentimiento era la base de las cosas realmente reales, que existía un ámbito del sexo y el poder del que, a pesar de su sabiduría casi omnisciente en todos los demás aspectos, sabía muy poco, un ámbito que giraba en torno al concepto contrario, obtuso y perturbador del consentimiento. Por desgracia, era una ley de la naturaleza a la que él, por su posición, no era inmune. A pesar de todo el poder que ejercía, a pesar de las ridículas garantías de la casta sacerdotal sobre su propia inmortalidad, esto seguía siendo una realidad prosaica, algo que no podía cambiar, sino que debía aceptar y adaptarse a sus limitaciones. Había un mundo más amplio, no muy diferente del mundo imaginario de los dioses y los espíritus, en el que los valores de todas las personas, independientemente de su tribu o clan, se imponían con descaro, un mundo de leyes naturales que ni siquiera los mecanismos omnipotentes del Estado podían atacar. Fuera lo que fuera y se explicara como se explicara, el príncipe Tarkhan se había dado cuenta de que su felicidad definitiva residía en la improbable perspectiva de encontrar al menos a una mujer en algún lugar que lo amara sin condiciones, una mujer que fuera su esposa principal, la compañera de su alma, cómplice de su ambición desenfrenada.

Ahora, gracias a la astucia de su padre en negociar su matrimonio con la princesa bribri, toda esta inquietante batalla filosófica se resolvió de repente con una victoria inesperada del más alto y fortuito orden. Ahora que su noche de bodas estaba a la vista, Tarkhan podía tachar de su lista de cosas por hacer el verdadero amor. Era la penúltima marca en el camino hacia la madurez plena, algo que el príncipe no se tomaba a la ligera, y se apresuraría a sembrar el útero de ella con su progenie con celeridad.

Decepcionado por la pasividad de Racacá, Tarkhan volvió a llenar su copa con chicha y pidió a su criado que le preparara la pipa. El rey Tarkhnum tenía 68 años, pero seguía siendo un lujurioso con las esclavas, su mente era tan aguda como una lanza de obsidiana y llevaba mucho tiempo dirigiendo su creciente ejército desde la retaguardia, lejos de la amenaza de una flecha enemiga fortuita. El rey era muy reservado en su reinado, desconfiaba de las ambiciones no solo de los miembros de su consejo real, sino incluso de sus propios hijos, y solo extendía su afecto paternal a una hija nacida de su tercera esposa, una niña encantadora a la que aún le faltaban unos años para tener su primera menstruación. Pero el anciano, conocido entre el pueblo como el Gigante de Piedra, moriría pronto y, al hacerlo, daría paso al reinado de Tarkhan, que acabaría siendo alabado como “El Magnífico,” “El Incomparable,” o algún otro honorífico similar.

Silbó para llamar a Choto, que gruñía, y se agachó para rascarle la cabeza al obeso saíno y susurrarle al oído. Esta noche sería celebrada en canciones durante generaciones. El Rey Tarkhan se encargaría de ello.

A pesar de los extensos preparativos y la colaboración entre las dos naciones en materia de logística, la boda del siglo no salió según lo previsto.



Ordenada y obligada a servir a su nación natal, Páctlare sazonó el adobo con la tintura de reina de la noche que el explorador de Vengol había puesto en sus manos, y los jamones de danta cocinados a fuego lento que se sirvieron al contingente del rey Cucumundú en la víspera de las festividades trajeron sueños turbulentos a nuestras fuerzas armadas y una locura desenfrenada al acercarse el amanecer. Efectivamente, la información de los espías de Vengol resultó acertada, y el vanidoso y reservado príncipe Tarkhan erigió su campamento personal más allá de los límites protectores del campamento principal del contingente huétar y su pelotón de guerreros liderado por el experimentado Capitán Khasur. Treinta y cinco guerreros bendecidos por el rey Trandij habían descendido a trote desde las tierras altas de Chirripó en solo tres días, matando a todo aquel que se cruzaba en su camino y pudiera dar la alarma, y ahora eran la punta de lanza de Vengol. Mientras el cielo oriental de Xarchí se tornaba gris, sus exploradores estrangularon a los tres centinelas bribri que agonizaban en la ladera de la montaña bajo sus premonitorias alucinaciones, así como a cuatro centinelas huétar en el lado oeste del río, entre

los árboles más allá del claro de la llanura aluvial. Mientras las fuerzas de Vengol rodeaban el campamento bribri y apretaban el cerco, Tsaimán condujo a cinco hombres al otro lado del río y los colocó en posición antes de irrumpir con tres, con garrotes y lanzas en mano, para entrometerse en los sueños del Pavo Real.

Tarkhan se incorporó rígido mientras sus guardias personales eran apaleados mientras luchaban por ponerse en pie. Saltó de su litera y levantó su hacha contra los asaltantes, pero fue frenado por la punta de jaspe de la lanza de Tsaimán, que le atravesó el vientre y lo empaló en el suelo. —Rápido, —siseó Tsaimán en el idioma de los incursores, mientras la sangre cobriza le subía a la boca. —¡A vuestros puestos! ¡Yo me encargo de acabar aquí!

Incrédulo, Tarkhan sintió el golpe del cuchillo bajo el tórax y el peso de su adversario sobre el abdomen, y observó impotente cómo su asesino arrancaba un mordisco del corazón palpitante de su propio cuerpo para regodearse ante sus ojos moribundos. Tsaimán masticó el duro músculo y admiró su obra mientras los gritos y aullidos del pelotón huétar cercano anunciaban la batalla.

Mientras los hombres de Khasur se agachaban bajo la lluvia de flechas que volaban por todos lados y los ojos de Tarkhan se apagaban, Tsaimán arrojó el órgano inmóvil al suelo, se limpió las manos con tierra y salió corriendo tras Siotu.

El rey Cucumundú estaba acurrucado junto a un desorientado Xantroq cuando los sonidos de la batalla al otro lado del río se hicieron eco en los aullidos de los Cabécar que se acercaban en su apresurado asalto. Los guerreros que tropezaban y tenían los ojos desorbitados y empuñaban armas fueron dados de baja en el acto con flechas, garrotes y lanzas, y los que miraban sonámbulos e indefensos ante la embestida, o los que huían, fueron en su mayoría perdonados. La prima Chaeta apretó los labios para mostrar los dientes gruñendo y agarró su arco para lanzarse a la batalla y mató a uno de los enemigos con una flecha en la garganta antes de ser ralentizada por la flecha que le atravesó el pecho. Avanzó unos pasos más en el campo de batalla antes de detenerse para soltar el arco, cuando otra flecha le atravesó el ojo y cayó de rodillas, girando la cabeza tratando de observar el panorama del campo de batalla antes de caer hacia delante, muerta. La princesa Siotu miró con ira a Jacosta, que se encogía, y la empujó para que se escondiera debajo de un palé. Luego voló bajo el pliegue trasero de la tienda, aferrándose con fuerza a su pequeña bolsa de joyas, y corrió hacia el lugar designado, donde se lanzó a los brazos de su amado Tsaimán.

El baluarte de la fuerza Cabécar, al que ahora se había unido la veloz Páctlare, se apartó ruidosamente para llevar a cabo la retirada distractoria río arriba, y Tsaimán, su novia, Vengol y los cinco guerreros previamente seleccionados por Tsaimán adentraron en el bosque más allá del límite del claro para correr sin ser vistos en dirección contraria y escapar río abajo en la piragua que Vengol había mandado a esconder para la ocasión.

Mientras el sol seguía ascendiendo, el rey Cucumundú se apretó las manos a la espalda para caminar y observar la carnicería, reprimiendo los gemidos que podría soltar más tarde en

privado. Khasur vadeó el río con su sombrío pelotón y se adentró en el campo de batalla para enfrentarse al agotado rey. Pero los cadáveres de hombres y mujeres que cubrían el suelo, las miradas aturcidas de los supervivientes sanos y el grupo de mujeres aterrorizadas entre las tiendas sugerían, más que una traición, el rastro de un intruso aún por descubrir. Khasur ya había visto en las flechas que cubrían su propio campamento la mano de los Cabécar, pero se apresuró a descartar respuestas fáciles y a no limitarse nunca en el fragor de la batalla con la traición a sí mismo que suponían las suposiciones precipitadas.

—¿El príncipe Tarkhan? —preguntó el rey.

—Muerto —respondió el capitán. —¿Y tu hija? —

—Secuestrada —logró articular el rey, luchando con el diptongo gutural de la palabra huétar para referirse a ello.

—¿Qué les pasa a tus hombres? —

—Envenenados, — dijo el rey, ocurriéndole la esclava Cabécar como la sospechosa más plausible de la traición. Un explorador huétar irrumpió en el claro, jadeando y, en su excitación, ajeno al protocolo.

—Están huyendo, regresan a la montaña, hacia Xarchí, — informó a Khasur. —Son al menos veinte, quizá más. —

—Volarás a Guayabo y no te detendrás hasta que te revienten los pulmones, —ordenó Khasur. —Insistirás en que se envíe una fuerza de cien hombres a la cresta de los Cedros Gemelos para interceptar a los asaltantes antes de que alcancen la seguridad de Mirador Alto. Dile al comandante Shoiga que el capitán Khasur los perseguirá y que envíe refuerzos aquí para nuestros caídos y heridos. —

—Atraparemos a las serpientes en una tenaza. Shoiga será el mortero y yo el pistilo. Le devolveré a su hija, Su Excelencia,— dijo el Huétar, volviéndose hacia el rey para jurarlo, —con cada cabello de su hermosa cabeza intacto. —

El pecado de la gula lo pagaron con su vida un puño de los soldados que nunca recuperaron del todo la cordura. Otros, entre ellos el general Xantroq, regresaron del mundo de las visiones a los pocos días de los acontecimientos, y tras el triste regreso de la comitiva nupcial a la capital conmocionada, pudieron reanudar con dificultad sus funciones mentales. Durante la dolorosa marcha, Xantroq apartó de su mente las distracciones que le asolaban para centrarse en algo que cada vez le parecía más indiscutible.

El príncipe Tsaimán tuvo que darse cuenta de que no podía retroceder por el Río Pacuare, mucho menos por el propio río Xarchí, sin enfrentarse a la ira de una partida huétar preparada y enfurecida. Era simplemente demasiado lejos, el terreno muy accidentado para llegar a Mirador Alto antes de que los Huétar pudieran colarse en Cedros Gemelos por una buena carretera desde Guayabo para preparar la emboscada. Tsaimán tenía que saberlo. Y los Cabécares que huían difícilmente podían escabullirse hacia el sur desde el Pacuare, territorio neutral, hasta las afueras de Villa Lóngja con la hija secuestrada de nuestro rey a cuestas. La huida por el Pacuare era o bien una decisión imprudente del impetuoso príncipe o bien un subterfugio, y el general Xantroq envió mensajeros a los asentamientos más cercanos para registrar los matorrales y averiguar la verdad.

Se reunió con su sombrío rey y reina en consejo a puerta cerrada en el pabellón real, con el estómago revuelto por el laxante que le habían recetado.

—Creo que se dirigen hacia Guápil y la montañas, — informó. —Parece que la huida de los Cabécar por el Xarchí puede haber sido una estratagema. Dos días después de los hechos, se vio a un grupo de siete hombres y una mujer remando río abajo, justo por encima de la confluencia con el río Revnantzún. —

—¿Y cómo podría este camino favorecer sus planes? — preguntó la reina.

—Se dirige a Zurquí, — respondió el rey. —Para pasar desapercibido después de que se enfríen los hechos. —

—Si conoce el terreno, — explicó Xantroq a la reina, —hay un río, el Río Sucio, que nace en la ladera sur del monte Zurquí. Al llegar a la cabecera—lo que le llevará al menos dos semanas, estará a una semana de marcha fácil alrededor de Irazú y a lo largo de las crestas para llegar a Mirador Alto y a su recompensa».

—Una recompensa que nos esforzaremos por acelerar, — murmuró el rey sombríamente.

—Se necesitará el consentimiento de los Huétar, — dijo el general. —No podemos llegar a tiempo sin atravesar sus tierras. —

—¿Y si Tsaimán no conoce el terreno y elige un camino diferente? —preguntó Siábata. ¿Y si no se dirige a Zurquí? —

—Cariño, tiene que volver a casa de alguna manera —le explicó su marido. —No puede volver sobre sus pasos por nuestras tierras. Al este está limitado por el Mar del Alba, y acaba de comerse el corazón del primogénito de Gigante de Piedra, por lo que difícilmente podrá adentrarse en su fortaleza. La única oportunidad que veo es a lo largo de las crestas que limitan nuestras naciones. —

—No importa qué ruta tome por el Zurquí, — expuso Xantroq, —no tiene más remedio que marchar directamente hacia nuestra trampa. —

El rey asimiló esto y el valor del ingenioso Tsaimán, a quien habría desollado vivo, paliando su carne retorcida con sal y limón, y cuyos gritos y tormentos habrían resonado entre risas y burlas. El rey asfixiaría al aspirante a yerno dentro de la capa de su propia piel atada sobre su cabeza y dejaría que los zopilotes se lo llevaran en pedazos a las alturas del Zurquí, donde su alma podría flotar por toda la eternidad, por lo que al rey le importaba. El Zurquí era tierra de nadie, una montaña tan salvaje que ni los BriBri, ni los Huétar, ni siquiera los Corobicí se habían atrevido a domesticarla. El frío y accidentado desierto acuático y sus bestias depredadoras supernumerarias eran legendarias en toda la tierra, una elección obvia, en retrospectiva, para el retiro del astuto Tsaimán.

—De una forma u otra, mi reina, — juró Xantroq, —lo detendré y lo presentaré ante vuestro señor esposo, atado y quebrantado, para que lo juzgue y lo sentencie.”

—¿Y qué hay de Siotu? — preguntó la reina tras la retirada del general. —¿Qué será de nuestra hija, amor? —

Pero el rey no tenía respuesta y se volvió hacia la tediosa obligación de la conciliación con el potentado Huétar, cuya venganza guiaba los movimientos del Gigante de Piedra en Escazú incluso más que los del Tío en Villa Alba. Al fin y al cabo, Siotu seguía vivo, al menos por el momento. La forma en que murió el príncipe Tarkhan no fue más que una humillación para los Huétar, una bofetada en la cara y una mancha en el honor del rey Tarkhnum que ninguna venganza, por muy elaborada fuera, podría limpiar jamás. Por el bien del reino, el rey Cucumundú no podía permitir que su propia ira le distrajera del objetivo final de una paz duradera con los Huétar y de la alianza necesaria para librar una guerra brutal y decisiva contra los detestables primillos Cabécar.

El lugar del enfrentamiento final es conocido hasta hoy por los pocos ermitaños y marginados que se atreven a habitar el bosque encantado de Zurquí como “La Encrucijada.” Es un desfiladero rocoso, y allí no hay caminos que se crucen. Hoy en día hay una especie de sendero a lo largo del río, pero en la época de Siotu y Tsaimán no había ningún sendero, solo el torrente chocolate del Río Sucio. Pero los cruces no se limitan al ámbito físico, mis pacientes alumnos, y Sibú, sin abandonar por completo sus deberes universales en otros lugares, se instaló en Zurquí como una espesa niebla entre sus árboles fantasmales para observar el desarrollo de este enfrentamiento e intervenir, cuando fuera necesario, para garantizar el equilibrio de las fuerzas cósmicas que le corresponde mantener. Por indómita y hostil que fuera Zurquí en aquella época, muchos caminos se cruzaban en el bosque cuando las fuerzas opuestas finalmente chocaron.

El desfiladero estaba rodeado por tres lados por paredes rocosas con piedra suelta y tierra, y árboles que sobresalían por el borde. Abajo se encontraba un campamento en un banco del Río

Sucio, por encima del nivel de inundaciones. El escenario se encontraba dentro del raquítico bosque nuboso, en la misma ladera de Zurquí, a un día de caminata de la línea de la cresta, un día más allá del alto bosque que se extendía abajo. Con su velo de niebla y su imponente control desde las alturas, Xantroq tendió su trampa y esperó cuatro días hasta que Tsaimán finalmente cayó en ella. El fracaso de un explorador regresar al campamento alertó al príncipe Tsaimán del plan del general, si no de los detalles, y reunió su ingenio ante la desagradable realidad de las nuevas circunstancias. Siempre había existido el riesgo de ser descubiertos. Era difícil para un grupo de ocho personas moverse sin ser detectados por ningún ojo humano, y más aún cuando siete de ellos eran enemigos acérrimos y el octavo una princesa. Aun así, su plan contaba con que las sospechas mutuas tras la batalla del día de la boda atenuarían la colaboración de sus enemigos y que, en la confusa niebla de las hostilidades, podría llevar a cabo su calculada huida de vuelta a la seguridad de las alturas del Chirripó, con su premio a cuestas, a través de esta ruta improbable y peligrosa.

Con una presunta baja, envió a un segundo hombre río abajo para explorar un cambio de planes. Si lograban escapar de la trampa que les esperaba en el camino para refugiarse entre los Miskitu del Gran Pantano, seguramente podría aprovechar su alianza con los caribes marineros del otro lado del mar para sobornar a sus enemigos y llegar al sur, a lo largo de la costa del Mar del Alba, hasta el delta del Revnantzún y, desde allí, remontar el Pacuare, bajo las narices de su suegro, y atravesar la puerta principal de Mirador Alto. Con los Huétar seguramente complacientes y perezosos, ya que el recuerdo de los acontecimientos se había atenuado con el paso indolente de las semanas, seguramente podría abrirse camino por la noche a través de sus puestos y burlarlos desde la seguridad de su retaguardia. Pero una falange bribri demasiado fuerte para evadirla o derrotarla avanzaba río arriba a dos días de marcha por debajo de su posición, y una fuerza imponente se atrincheraba en algún lugar por encima de él. Siotu ya había perdido su menstruación, pero su luna de miel se reanudaba cada día al anochecer y al amanecer con ritual entusiasmo, a pesar de las escasas comodidades de sus improvisadas cámaras de amor en la peligrosa marcha.



Se instaló en un fatídico campamento en un desfiladero oculto en la orilla de un río, muy por encima del nivel de las inundaciones, y cuando las rocas cayeron con una fuerte lluvia justo antes del amanecer, dos hombres murieron en el acto y Vengol quedó inconsciente, con el antebrazo izquierdo aplastado, y fue enterrado en la tierra y la maleza. Cuando despertó y se desenterró dolorosamente a última hora de la tarde, encontró a sus hombres ceremoniosamente dispuestos bajo una bandada de zopilotes que se alimentaban de sus restos, con el cuerpo decapitado del príncipe Tsaimán en lo alto del montón y la princesa Siotu desaparecida. Tarde para la batalla más importante de su carrera e indefenso por sus heridas, incluso las almas de sus hombres y del príncipe Tsaimán se habían marchado, subiendo la colina para encontrar su hogar eterno entre el bosque enano de la cima del Zurquí.

Le llevó horas encender el fuego necesario para su sombría tarea y, en medio de la noche, después de mirarlo fijamente durante un buen rato, se amputó el miembro aplastado por debajo del codo y cauterizó el muñón en un lecho de brasas hambrientas para acostarse y descansar durante tres noches, mientras el bosque reclamaba los cuerpos de sus hombres caídos y comenzaba su trabajo en su miembro amputado, que yacía en el suelo cerca de donde lo había cortado. Bebía agua de un afluente limpio un poco más abajo y se obligaba a comer,

luchando contra el shock que ansiaba apoderarse de él y pensando en todas las cimas de las montañas de las tierras de Cabécar donde el alma de Tsaimán podría descansar mejor que en la cima de esta miserable montaña tan lejos de casa, donde nadie iría a cantar sus alabanzas, donde él vagaría solo por los bosques penumbrosos de la eternidad, expulsado y olvidado por amigos y enemigos por igual. Vengol quemaba regularmente su muñón en el fuego que mantenía avivado. Por fin, cortó un bastón y partió al amanecer para escalar el terreno escarpado que rodea el desfiladero que hoy conocemos como La Encrucijada, con la intención de remontar el río, seguramente para morir, pero si no, para alcanzar el paso y regresar cojeando con cautela a Mirador Alto y más allá, con sus días de guerra terminados.

No fue la lluvia de rocas lo que selló el destino de Siotu, sino una flecha que atravesó el corazón de su amado. En ese mismo instante, las fuerzas de su padre se abalanzaron sobre ellos, y mientras ella se apresuraba a acunar a Tsaimán en sus últimos momentos, un guerrero la apartó a la fuerza y le cortó la cabeza con un tosco hacha de madera, dejándola junto al cuerpo decapitado de su amado para que se reincorporara a la lucha hasta que el último de los Cabécar, salvo Vengol, cayera muerto o mortalmente herido a lo largo de las orillas y barras del Río Sucio. Dos miembros del clan, con el rostro sombrío, la arrastraron llorando lejos del cadáver de Tsaimán y la llevaron a rastras hasta que finalmente accedió a usar las piernas, con la sangre de su marido seca en los brazos y las manos, los ojos hinchados y un gruñido salvaje en lugar de palabras. La observaron orinar, se sentaron a su lado durante la primera noche y dos hombres marcharon a su lado en todo momento, sin dejarle ningún espacio para huir, ninguna oportunidad de darse con un cuchillo con que abrirse las venas del cuello, ninguna alternativa a la sumisión. A su alrededor se oían comentarios sobre lo que se vería obligada a soportar para expiar su traición, y sus captores, todos conocidos para ella, se mostraban indiferentes a su condición y abiertamente groseros con ella. Siotu luchaba contra la desesperación por la muerte de su amante para encontrar alguna salida a su perdición segura. Pero con el príncipe Tarkhan alimentando a los gusanos y el alma de su amado Tsaimán cada vez más lejos con cada paso cuesta abajo que la obligaban a dar, no había salida a este lío, no en este plano. Su hijo habría gobernado algún día todas las tierras iluminadas por el resplandor del amanecer, pero ahora su propio pueblo seguramente lo arrancaría de su vientre y alimentaría con su tierna carne a las bestias del bosque.

Sibú intervino por fin cuando la princesa atendía sus necesidades la segunda mañana. Tomó la forma de chanchos de monte para abalanzarse sobre sus dos guardias y hacerlos huir a los árboles cercanos para luego volverse contra el propio campamento. Los BriBri tensaron sus arcos y lanzaron flechas que no alcanzaron a ninguno de los animales enfurecidos, y ellos también se subieron a los árboles para escapar de la furia. Siotu echó a correr cuesta arriba y corrió y corrió hasta que se derrumbó exhausta, con los pulmones jadeando en busca de aire. La amenaza espectral de los dientes castañeando y el pelo erizado de los hombros se desvaneció en la niebla. El castigado escuadrón bribri persiguió con ahínco a Siotu. Ella redobló sus esfuerzos al oír sus movimientos debajo y salió a toda prisa del bosque hacia una cicatriz de deslizamiento de tierra y subió como loca por sus bordes, clavando los dedos en la tierra y

alrededor de las raíces expuestas, impulsándose hacia arriba, más alto, cada vez más cerca de donde el alma de Tsaimán la esperaba ahora en la cima de la montaña.

A mitad de camino, se volvió y vio a sus perseguidores en la base del derrumbe, avanzando lentamente y burlándose de ella ahora que estaba prácticamente atrapada. Buscó fuerzas en su interior para trepar más rápido cuando los dos primeros hombres comenzaron a arañar las laderas detrás de ella. Sin embargo, cuando alcanzó la siguiente raíz, descubrió que sus dedos eran torpes e incapaces de agarrarse y vio que se habían convertido en plumas y sintió en sus pies un agarre firme al mundo, que soltó con un empujón gigante hacia el aire y levantó sus alas mientras las nubes se abrían y el sol se derramaba sobre el claro. Voló por encima de los árboles y miró hacia abajo a los hombres boquiabiertos que permanecían impotentes con todas sus armas de guerra, y luego volteó la mirada hacia su destino lejano que aún se encontraba muy por encima de ella. El dosel del bosque pasaba volando bajo ella mientras batía las alas, su tarea ahora más fácil, su misión al alcance de la mano.

—¿Vieron eso? —dijo finalmente uno de los BriBri.



—A mí me pareció que se convirtió en un pájaro y se fue volando. —

— Eso fue lo que yo también vi, — dijo otro.

Todos habían visto lo mismo y, tras dos días buscándola en las tierras altas, no les quedó más remedio que regresar cabizbajos a Villa Alba con la improbable noticia.

Cucumundú el Grande siguió, por supuesto, con el alabado general Xantroq para forjar la paz con los Huétar que doscientos años después seguimos disfrutando hoy en día. Las oleadas de guerreros enviados a las fauces del tigre del Chirripó regresaron tras dos décadas de hostilidades cuerpo a cuerpo con suficientes cabezas como para llenar todo este común de Villa Lénjja. Hasta el día de hoy, aunque toleramos la intrusión de los Cabécar en el valle del Pacuare, atamos a esclavos Cabécar al altar y cultivamos el favor de Sibú con su sangre. A medida que nos alejamos en el tiempo de los acontecimientos de la canción, es fácil que los novicios confundan en las tierras altas el embriagador canto del jilguero con el lamento fúnebre de Siotu por su amado Tsaimán. Pero vosotros, mis alumnos, nunca caeréis en este error tan común. Porque Siotu y Tsaimán viven juntos felices, y lo harán por siempre, en las escarpadas alturas de la montaña Zurquí, y el canto melancólico de sus pájaros no es el lamento eterno por la pérdida del amor o de la vida, sino el del exilio implacable y funesto. Tal y como profetizó Vengol en sus visiones febriles al pie de esa misma montaña, hasta el día de hoy son pocos los Bribri y ninguno los Cabécar que se aventuran en ese lugar salvaje por ningún motivo, y mucho menos para llorar el paso de estos héroes de hueso y músculo a los anales del mito. Porque, aunque su canto es verdaderamente triste, brillan eternamente en compañía uno a la otra a la par eterna de Sibú, y en eso, mis queridos novicios y hermanos, no tenéis más remedio que tomar mi palabra.